

237

# RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN  
LA PRENSA  
DE ESTA CAPITAL POR  
BERNARDO CHEVILLY  
PRÓLOGO DE  
BENITO PEREZ ARMAS

CO  
0-3  
HE  
C

2  
A CRUZ

**FONDO  
CIES**

RECUERDOS  
DEL TIEMPO VIEJO

CHE  
Rec



RECUERDOS  
DEL  
TIEMPO VIEJO

ARTICULOS PUBLICADOS EN  
**LA PRENSA**  
DE ESTA CAPITAL

POR

**BERNARDO CHEVILLY**

PROLOGO

DE

BETITO PEREZ ARMAS



IMPRENTA GARCÍA CRUZ  
San José, 36  
SANTA CRUZ DE TENERIFE  
1932

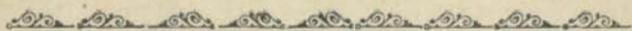
S. Z. N. P.  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LAS PALMAS DE G. CANARIA  
N.º Documento  
N.º Copia 864178

Es propiedad.—El autor se  
reserva todos los derechos.



---

*Imp. Garcia Cruz, S. José, 36, Sta. Cruz (Tenerife)*



## A MANERA DE PROLOGO

*Yo reputé siempre labor difícil prologar una obra ajena, y ahora que me he puesto a ello, requerido amablemente por Bernardo Chevilly, la perplejidad acerca de lo que he de decir, me lo confirma. A veces determinadas explicaciones que nos ilustren para penetrar en el dédalo de una obra simbólica, o de tesis, son convenientes y hasta necesarias; igual acontece cuando se nos dan anécdotas curiosas de la vida de un autor; también se justifica una introducción siempre que el prologuista sea de tal relieve que sólo con hacer acto de presencia en las primeras páginas avallora la obra y prestigia a su autor.*

*Ninguna de esas circunstancias concurren en el presente caso, y de ahí mi aprieto, del que sólo podré salir airoso si cuento con la indulgencia del lector, habida cuenta de que aunque realizo tarea grata—porque asocio mi nombre al de un esclare-*

*cido paisano—, no es hija de mi iniciativa, sino de la debilidad y la complacencia ante requerimientos amistosos.*

*Bernardo Chevilly, poeta, periodista combativo, orador tribunicio, es sobrado conocido para que intente siquiera su presentación. Todos, en Tenerife, especialmente los hombres de su generación, tenemos cabal juicio así de sus méritos y virtudes, como de sus exaltaciones y vehemencias patrióticas, que, o le hacen clamar airado, si se enoja, o desahogar en un soneto, si se entusiasma. Es un ingénuo dotado de gran sensibilidad artística, con el que no han podido ni los desengaños, ni el calvario de la prosa burocrática de que ha tenido que vivir, como sujeto a un potro, aborreciéndola cordialmente... Porque esa es una de las más espantosas tragedias: tener en el alma fiebre incesante de creación o sentir en la mente el hervor de las altas ideas, y verse constreñido a vegetar, por azares de la suerte, entre las cuatro paredes de una oficina... Es como el pájaro que muere en la clausura de la jaula de morriña de la Libertad y del Espacio. Yo no sé si Chevilly padece alguna dolencia física, pero de que está enfermo de morriña no me queda duda. Ese mal del alma que es anhelo inaccesible, sueño de lo no logrado... «¡Oh, Dios mío, Dios mío, dame alas o quitame el deseo de volar!»...*

*Cediendo a exhortaciones de sus amigos reúne ahora Chevilly en un folleto crónicas que había*

publicado en La Prensa, rememorando sucesos y actuaciones de nuestra vida provinciana, especialmente en orden a la política y el periodismo. Está bien que esas hojas volanderas no se extravíen porque constituyen un documento fehaciente, de gran valor, el día en que, con la perspectiva indispensable, se escriba la historia de nuestros tiempos. ¿Buenos? ¿Malos? No lo sé; ¡tiempos!: éxodo de hombres por los canales de la vida—en días dados—con sus penas y placeres, sus aciertos y sus errores, ignorando de dónde vienen y a dónde van. .

Yo siempre fui devoto de lo nuestro, de lo regional, de lo que más hondamente debemos sentir y amar. Cuanto tienda a exaltarlo es obra de patriotismo, y ahincando en él, llegando hasta su cogollo, es como podremos tener aquí Arte, verdadero Arte con garantías de perdurabilidad.

Sé que muchos no participan de esta opinión, y hasta que la desdeñan irónicamente, por entender que lo reducido del espacio, y la mezquindad de nuestros materiales, impiden lograr obras de empeño. Están equivocados. Lo que es de un hombre es de todos, ya que lo más individual es lo más universal, y el que no es de un lugar y de un tiempo es un homo insipidus. Arte es intensidad, y nadie duda de que cuanto se pierde en extensión se gana en aquélla; así como de que con reducidos materiales se ha construído lo más grande y perdurable que existe en arte y literatura. «Sólo es duradera en siglos y en vastas tierras la gloria

*que rebasa el propio lugar y tiempo por haberlas perhinchado y colgamado. Cuanto más de su país y de su época sea un hombre es más de los países y de las épocas de todos», ha dicho Unamuno. En un lugar pequeño nació don Quijote, y andando por caminos polvorientos de la Mancha ganó la eternidad, porque no depende ésta de la magnitud de las cosas, sino del sopro divino, de infinitud, que les imprime el artista...*

**B. PÉREZ ARMAS.**



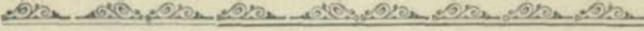
## DOS PALABRAS

No fué mi propósito, al escribir para *La Prensa* estos artículos, darles de nuevo publicidad en un folleto, porque los juzgué sin méritos para ello.

Si ahora los sustraigo del olvido a que fueron condenados, débese al requerimiento de algunos amigos míos, que con excesiva benevolencia acogieron mi modesto trabajo, emprendido tan sólo por estímulos y deberes de una amistad honda y desinteresadamente sentida.

EL AUTOR.





## La “Juventud Republicana” del año 1890

Quiere el director de *La Prensa* que sea mi humilde pluma—la menos autorizada de las que emborronaban cuartillas en una época, ya algo lejana, que se caracterizaba por un romanticismo político que a cien leguas huele a manido—, la que ofrezca a los lectores de este diario un sucinto estudio o relato histórico de la actuación del viejo republicanismo tinerfeño. Y he de confesar sin rebozo que a tal requerimiento, que me honra en demasía, no podré corresponder merecidamente; pues ha tiempo que perdí el hábito de escribir para el público, y mi pluma, inhábil de suyo, más sirvió para la candente lucha de los partidos, que para la serena y apacible labor puramente literaria.

Pero Leoncio lo quiere. ¿Y quién se niega a ello, cuando lo exige una amistad aquilatada y

robustecida por inmerecidas distinciones y deferecias engendradoras del noble sentimiento de la gratitud, y que jamás podrán olvidarse?

Ahí van, pues, despojados de toda gala literaria, los recuerdos del tiempo viejo, que atropelladamente acuden a los puntos de la pluma y que llegan impregnados de la amarga tristeza que embarga al alma al evocar los luminosos días de la llorada, perdida juventud.

EL «LEONISMO».

UNA FUSIÓN EXTRAÑA

Creo necesario reseñar—aunque muy a la ligera, porque el espacio de que dispongo es bien limitado—, la política que imperaba entonces en el país, y en cuyo ambiente, enrarecido por el influjo del leonismo que absorbía todas sus actividades, advino a la vida pública la juventud republicana, con todo el entusiasmo de sus años mozos y con una ideología esencialmente radical y librepensadora. Su espíritu batallador y su bien definida orientación en las contiendas locales, dió vitalidad y señaló nuevos rumbos al republicanism histórico de Tenerife.

En aquellos tiempos de vergonzosa tutela para esta isla que siguieron a la restauración borbónica, y en los cuales se impuso por modo descarado y vejatorio la voluntad omnimoda de los adictos a don Fernando de León y Castillo, los republicanos tinerfeños viéronse forzosamen-

te obligados por imperativo de su patriotismo, a pactar una alianza (contubernio repugnante, se le llamó por los leoninos) con el partido conservador, formando un bloque de valiosos elementos en defensa de los derechos menoscabados de Tenerife.

#### FIGURAS INOLVIDABLES

Esta inteligencia entre republicanos y monárquicos llevó su representación a la Diputación provincial, donde el leonismo contaba con una mayoría formada con sus diputados y con los de Tenerife que seguían la política del cacique. El inolvidable Pulido por el Partido republicano, y Rodríguez Peraza, Gil-Roldán y Rodríguez Pérez por el conservador, defendían allí los intereses tinerfeños, viéndose secundados en el Congreso por la relevante personalidad del señor Villalba Hervás que, merced a aquella alianza, ostentó en las Cortes la representación de nuestro partido.

No bastaron, sin embargo, tales esfuerzos para poner freno a los desmanes del fusio-leonismo, que dominaba en todos los organismos oficiales debido al apoyo de los gobernadores que don Fernando mandaba a Canarias.

«EL ABEJÓN» Y «LA ABEJA».

SE ROMPE LA FUSIÓN.

De aquellas enconadas luchas políticas se derivaron episodios y sucesos que no son de es-

te lugar, y que reflejaron en la prensa de aquel entonces. Entre los periódicos que con más bríos combatieron esa política funesta para el país, figuraba en primer término *El Memorandum*, de Pulido, cuyas campañas hallaban eco en el pueblo. Secundábale *La Opinión*, que dirigía Roldán, otro hijo amante de Tenerife que siempre se distinguió en la defensa de sus derechos; pero de todos esos periódicos se destacó por la virulencia de sus ataques *El Abejón*, semanario satírico, escrito por unos cuantos jóvenes de la pura cepa santacruzera, que fustigó despiadado a los más significados leoninos de Tenerife. A tales acometidas, contestaron los acanariados con el libelo *La Abeja*, donde se vertieron las mayores procaçidades, pretendiendo manchar honorables reputaciones.

No podía la juventud republicana, dentro de la ética de su credo político, ver con buenos ojos ni secundar aquella conjunción republicano-monárquica, de tan extraña contextura ideológica, si bien la consideraba impuesta por deberes de patriotismo; y cuando intervino como factor integrante del partido en las contiendas electorales, se esforzó en romper un nexo que repugnaba a la pureza de sus principios. Tal empeño se logró en las primeras elecciones verificadas por sufragio universal para diputados provinciales, donde salió triunfante el señor Pulido sólo con el voto de sus correligionarios.

LA «JUVENTUD REPUBLICANA»

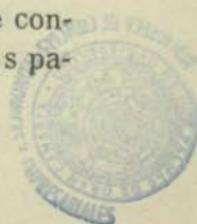
Fundóse la Sociedad «Juventud Republicana» en abril de 1890, siendo su primer presidente Fernando Martínez y Gil-Roldán, al que siguieron en el cargo, entre otros que ahora se me olvidan, Francisco Rodríguez López y Andrés Llombet.

Sus fundadores acordaron adherirse al partido republicano nacional dirigiendo un escrito a «Las Dominicales del Libre Pensamiento», periódico entonces de gran relieve político. Diéronme a mí el encargo de redactarlo, y las tales primicias de mi incipiente pluma llenáronme de orgullo al verlas en



Fernando Martínez y Gil-Roldán.

letras de imprenta; vanidad muy disculpable a los 16 años. Y traigo ésto a colación para consignar aquí los nombres de aquellos jóvenes que conmigo lo suscribieron, algunos de los cuales pa-



garon ya su tributo a la muerte: Fernando Martínez y Gil-Roldán; Nicolás Izquierdo de la Rosa; Francisco Guigou Ramos; Ramón González; Alfonso Dugour Siliuto; Juan Ruíz; Leopoldo Benítez; Alfonso Delgado; Tomás Domínguez Ballester y Rafael Calzadilla Dugour.

Instalada la Juventud en la calle de la Cruz Verde, después de haber ocupado otros locales modestos, fué allí donde alcanzó su máximo desarrollo y florecimiento con la presidencia de Andrés Llombet, que era uno de sus socios más destacados y entusiastas. El elemento obrero nutrió al punto sus filas atraído por los ideales de libertad y emancipación de las clases trabajadoras que allí se difundían, y porque halló también medios educativos en la enseñanza práctica que se le proporcionaba. De esta confraternidad del proletariado tinerfeño nacieron los primeros gremios, que más tarde lograron amplio desenvolvimiento bajo la dirección de Pepe Cabrera Díaz.

#### ORATORIA EPIDÈMICA Y ACTIVIDAD ELECTORAL.

La «Juventud Republicana» tuvo su tribuna, humilde como suya, pero grande por las ideas que propagó y a las cuales rendía fervoroso culto. Se vió honrada aquella tribuna en mítines, conferencias y veladas político-literarias por hombres como Pulido, que electrizaba con su verbo elocuente; como Izquierdo Azcárate, Esté-

vanez, Calzadilla, Cámara, Cúllen y otros de los que nosotros llamábamos «los viejos», y cuya palabra inspirada enardecía nuestro juvenil entusiasmo. También en ella se «entrenaban» Mario Arozena, Andrés Llombet, Alfonso Dugour, Francisco Rodríguez López, Fernando Suárez-Corvo, y algunos más de los de casa, que hacían sus pinitos de oratoria demoledora, entre ellos el que esto escribe, que no perdonaba ocasión de arremeter contra lo divino y lo humano haciendo gala de su clerofobia, por lo que sus compañeros zumbonamente le comparaban con los más significados demagogos de la Revolución francesa.

De tales exaltaciones románticas descendía aquella juventud al terreno de la electoral contienda, donde ninguno de los partidos locales pudo aventajarle en su lucha en los comicios. Su «táctica» desconcertaba al adversario porque nadie llegó a hacer, como ella, un estudio tan acabado del censo.

Las elecciones producían en nosotros tal fiebre de entusiasmo, que las primeras celebradas después de establecido el sufragio universal casi llegaron a enloquecernos, maldiciendo de paso, muchos, el no tener ya los 25 años cumplidos para poder emitir el voto.

#### FERVOR PATRIÓTICO

Vivos están en mí los recuerdos de aquellas reuniones en que «trabajábamos» las listas como

auxiliares de los correligionarios que el partido designara para cada colegio electoral. Esas comisiones, perfectamente organizadas, las dirigían los señores don Juan M. Ballester, don Antonio Delgado Yumar, don Eduardo García, don Antonio Alujas, don José y don Manuel Cañadas, don Juan P. Carta, don Patricio Estévanez, don Francisco Rojas Báez, don Cristóbal Díaz, don Camilo Arés, todos ellos de añejo abolengo republicano, desaparecidos de la escena terrestre, y a cuya memoria tributo aquí este humilde homenaje.

La víspera de la elección recorriamos a media noche las calles de Santa Cruz pegando los carteles en que figuraba nuestra candidatura, teniendo que burlar la persecución de «Juan y medio», guardia municipal que debía su apodo a su corporal grandeza, aumentada descomunamente al empuñar el sable para despegar el papel de las paredes, que luego se sustituía por otro colocado más alto haciendo de nuestros hombros una escalera. Estos sinsabores de aquellas correrías nocturnas se dulcificaban más tarde en casa del bonachón de Carmona, con una abundante cena de las que él por tan poco precio servía.

Entre los nuestros había *electoreros* tan duchos y amaestrados en este arte, que difícilmente el enemigo lograba colocar un *tarugo*. Por no citarlos a todos, mentaré aquí tan sólo al inolvidable Miguel Rodríguez Baeza, conecedor como nadie de los recovecos del censo, y que disponía de

casi todos los votos del Toscal, debido a una popularidad lograda por la sinceridad y nobleza de su carácter. Tal era el influjo de Miguelito, como le llamábamos sus íntimos, en las puertas de los colegios, que en unas elecciones reñidísimas trataron los monárquicos de secuestrarlo—como muchos años después hicieron en la Gomera con Emilio Calzadilla—para obtener el triunfo en el barrio del Toscal.

#### RECUERDOS Y EVOCAIONES

No fué únicamente en este aspecto de sus actividades donde la Juventud Republicana destacó su personalidad. Lo fué también en el orden de sus sentimientos patrióticos, que en airada protesta se manifestaban siempre que veía amenazada la tranquilidad del país por los despojos de que se quería hacer víctima a Tenerife. Su intervención en los célebres sucesos del «Viernes santo» de 1893—de que me ocuparé con la extensión debida en otros artículos—, olvidados de muchos y desconocidos de los más, fué muestra elocuente de que sentía el amor al terruño y no toleraba pacientemente las ofensas que a su pueblo se inferían.

También la Juventud prestó su concurso entusiasta a todo cuanto significaba para Santa Cruz un progreso moral o material, y hasta cooperó con eficacia a la mayor brillantez de las tradicionales Fiestas de Mayo, que por primera vez

se celebraron en 1892, adornando con derroche de buen gusto el trozo de calle de la Cruz Verde, en el que levantó un artístico arco, obra del consecuente republicano don Cirilo Romero, profesor de la clase de dibujo que la Sociedad tenía establecida.

\* \* \*

Y, para dar fin a este ya largo artículo, haré mención del recibimiento dispensado al señor Pellido a su regreso de la Península, terminada su carrera de abogado. Fué aquella una de las más emocionantes manifestaciones de entusiasmo popular que aquí se habían visto y en la cual intervino activamente la Juventud; obsequiando después a aquel preclaro patriota con la toga y el birrete con que hizo su debut, a cuyo presente unió un album con la firma de todos sus asociados.

Disuelta la Juventud Republicana años después (creo recordar que fué por el 97), por motivos que no vienen al caso, ingresaron sus elementos en el Centro que el partido fundó más tarde, a excepción de unos cuantos (muy pocos, por cierto) que les vino en gana pasarse a la monarquía.



## El Viernes santo de 1893

### I

El año de 1893 dejó huellas tan indelebles en el pueblo de Santa Cruz de Tenerife, que darían materia sobrada para llenar muchas páginas—quizás las más tristes—de su historia. Pero no sé yo quien tal empresa acometa. El presente trabajo se reduce únicamente al relato de uno de los más salientes episodios de nuestras luchas políticas de aquel tiempo.

Fué el 1893 un año pródigo en acontecimientos para nosotros; pues al motín callejero, que tuvo su origen en la airada protesta de este pueblo ante una ofensa gravísima, hay que añadir la visita que unos personajes regios nos hicieron, y la aparición del cólera morbo que sembró la desolación y la muerte en esta ciudad.

Estimo necesario, dentro de mi propósito, comenzar este relato por las elecciones de dipu-

tados a Cortes que en los primeros días de marzo de aquel mismo año en Tenerife se celebraron.

Aquella lucha en los comicios demostró que el país era aun juguete de sus solapados enemigos y se sometía blandamente a su voluntad, sin más oposición ni protesta que la del republicanismo tinerfeño, avalorado por una historia sin mancha, pero sin fuerza bastante para arrancar de cuajo un caciquismo que todo lo dominaba.

#### ANTECEDENTES DE LA ELECCIÓN

Presentaron en aquella contienda los monárquicos la candidatura de los señores García del Castillo (don Juan) y Pérez Zamora (don Feliciano), hijos del país, y la de los cuneros don Juan Fernández Arroyo y don Lorenzo Moret y Beruete, impuestos por el Gobierno y apoyados por el partido conservador.

Los republicanos llevaron a las urnas al señor Villalba Hervás, contando con sus propias fuerzas y con las que esperaban el país habría de prestar a un hijo de Tenerife de tan probado patriotismo y de tan excepcionales méritos como el señor Villalba. Todo hacía suponer el triunfo de este buen tinerfeño, que encarnaba las aspiraciones de nuestro pueblo y que ya en otras legislaturas había defendido con tesón los intereses de esta isla.

Reñida fué la lucha; y aunque el señor Villalba superó en votos al cunero Fernández Arro-

yo, obtuvo éste el acta de diputado por haberse sustraído un pliego de Valverde, que contenía sufragios favorables al candidato republicano. Tan incalificable «maniobra»—que se atribuyó, no sé si con algún fundamento, al alcalde de Santa Cruz—, soliviantó los ánimos, aumentando el encono entre republicanos y monárquicos, al ver aquellos que se les arrebatava por tan reprobables medios una representación en el Parlamento, con tanto esfuerzo y tan legítimamente lograda.

#### HOSTILIDAD E INCERTIDUMBRE

Tal era el ambiente de hostilidad en que luchaban los partidos políticos, cuando empezó a hablarse de las reformas que el general López Domínguez tenía en proyecto y que afectaban a Santa Cruz, porque reducían notablemente su importancia militar en el archipiélago. Desconocíase, sin embargo, todo su alcance, aunque no faltaba quien sostuviera que nos preparaban una desagradable sorpresa, ya que todo era de esperar de un Gobierno desaprensivo y dúctil a las influencias del leonismo.

Esta incertidumbre que tenía en tensión los ánimos, trocóse pronto en amarga certeza al conocerse los términos del real decreto que implantaba aquellas reformas, y cuyo texto publicaron en suplemento los periódicos locales. El ministro de la Guerra suprimía la Capitanía general de Canarias y creaba una Comandancia militar desem-

peñada por un general de división, que podía residir «índistintamente» en Santa Cruz de Tenerife o en Las Palmas, estableciéndose una zona «única» de reclutamiento en esta última ciudad.

La noticia del despojo consumado circuló con rapidez, produciendo general indignación. El público arrebató un suplemento de «El Memorandum», donde Pulido, en términos enérgicos, al dar cuenta de la «puñalada,—decía,— que traidoramente asestó al corazón de la patria sus innobles enemigos», incitaba al pueblo a defender con dignidad y entereza sus derechos atropellados.



José Manuel Pulido

Los periódicos monárquicos exteriorizaron también su desagrado por aquellas «perturbadoras y descabelladas reformas», si bien no dándole toda la importancia que tenían, para no agravar sin duda la responsabilidad que ante el país habían contraído los diputados cuneros, no oponiéndose a su implantación.

## EXALTACIÓN POPULAR

Ante la exaltación del sentimiento patrio que vibraba en la protesta popular, el Ayuntamiento se constituyó en sesión permanente el día 23, anunciando su dimisión en masa. El numeroso público reunido en la plaza de San Francisco invadió las Casas consistoriales, asaltó la torre y las campanas tocaron a rebato. Por momentos iba aumentando el gentío, que profería gritos de protesta mezclados con mueras a significados personajes. Dijose allí que el Ayuntamiento trataba de organizar una manifestación, que partiría de la plaza de Weyler, y hacia aquel lugar se dirigió la muchedumbre.

Ya se hallaban reunidos en la Sociedad Juventud Republicana exaltados elementos, que pronunciaron patrióticos discursos, y que luego, con Pulido a la cabeza y llevando enlutada la bandera de la Sociedad, se encaminaron a la plaza de Weyler para unirse a la manifestación. Cuando llegaron a esta plaza, de ellos se destacó un grupo, y junto con Pulido, quiso penetrar en la Capitanía para formular ante la autoridad militar su protesta; pero al acercarse al edificio los soldados de la guardia apuntaron con sus fusiles, huyendo la gente a la desbandada, pues creyó que se le iba a hacer fuego. Pulido entonces desde la antigua fuente que allí había, arengó a la multitud con una de sus más vibrantes improvisaciones.

Organizóse poco después la imponente manifestación, presidida por el Ayuntamiento y formada de compacta muchedumbre, que bajó por la calle del Castillo en dirección a la plaza de la Constitución. El comercio ya había cerrado sus puertas, y algunas casas lucían colgaduras negras.

#### RECUERDOS IMBORRABLES

Aquella plaza de la Constitución—que ha sido ahora profanada estérilmente, sin respetos para un lugar donde Santa Cruz empezó a escribir su historia y formó sus tradiciones, y que tenía para muchos de los que hoy somos ya viejos el singular atractivo de los imborrables recuerdos de la infancia—, aquella plaza apenas pudo contener el alborotado gentío que clamaba—¡oh, tiempos venturosos de un ingénuo romanticismo!—contra la infamia de aquel despojo, sin sospechar siquiera, en su patriótico ardimiento, que andando los años otro golpe más certero y traidor había de asestársele a este noble y generoso pueblo de Santa Cruz, en medio de la general indiferencial

El gobernador civil don Julián Settier—y quiero de una vez consignar aquí que sólo elogios mereció de todos su actuación en los sucesos que días después se desarrollaron, por su caballerosidad y comedimiento que hizo compatibles con los deberes de su cargo—, recibió a los

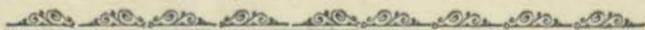
manifestantes y prometiéndoles que expondría al Gobierno los deseos del pueblo allí congregado.

La manifestación dirigióse luego al Ayuntamiento, desde cuyo balcón hablaron los señores Suárez Guerra y Pulido, disolviéndose después con el mayor orden.

No faltaron, sin embargo, aquella noche grupos de jóvenes exaltados que recorrieron las calles dando vivas y mueras; llevando sus estridencias al extremo de apedrear algunas casas de significados personajes, que el pueblo tildaba de leoninos.







## II

Nuestra enérgica actitud era secundada por toda la isla. Llegaban telegramas de protesta de todas partes. La Laguna, Orotava y Puerto de la Cruz dieron la nota más acentuada de patriotismo, y este último pueblo nombró una comisión de significados elementos que vendría a esta capital a demostrar públicamente su adhesión al pueblo hermano.

Santa Cruz seguía preparándose para la defensa de sus derechos. En una reunión de mayores contribuyentes se nombró una Junta compuesta por los señores don Isidro Guimerá, don José Suárez Guerra y don Eduardo Domínguez Alfonso, encargada de encauzar las energías del país, para mantener viva su protesta mientras no se lograra la derogación de aquel vejatorio decreto.

A los telegramas que se le dirigieron, el Gobierno del Sr. Sagasta contestó con evasivas, recomendando la calma y la prudencia. Algunas destacadas personalidades, entre ellas el General Weyler, Villasegura y Villalba Hervás, se ofrecían al pue-

blo tinerfeño apoyando la justicia de su causa; y hasta los diputados cuneros se acordaron, al fin, de Tenerife, para recomendar también prudencia y calma.

#### LA CAMPAÑA PERIODÍSTICA

Los periódicos locales arreciaban su campaña contra las consabidas reformas militares, considerándolas sin otra eficacia ni más finalidad que la honda perturbación que habían traído al país hiriéndole en sus más caros sentimientos de dignidad, cuando tantas pruebas tenía dadas de su lealtad y su españolismo. El tono de estos periódicos era elevado y con la energía de quien tiene de su parte toda la razón. En el «Diario de Tenerife» el inolvidable Patricio Estévez consignaba estas graves palabras: «Hasta ahora ha podido prescindirse de toda consideración para con nosotros;



Patricio Estévez Murphy

dirse de toda consideración para con nosotros;

pero si el último agravio no se repara, si la protesta del país, herido y humillado, no se tiene en cuenta, no será nuestra la responsabilidad de lo que pueda ocurrir, que ni pensar queremos lo que pueda ser.»

El 27 de marzo llegó la comisión del Puerto de la Cruz, que fué recibida por el Ayuntamiento y asistió por la noche al mitin que los republicanos celebraron en el Teatro. En aquel acto, presidido por el Jefe del partido, señor Suárez Guerra, se enardeció el espíritu popular con los patrióticos discursos de Izquierdo Azcárate, Pulido, Gasós y Estrada (don Agustín).

En los dos días siguientes aumentó la agitación, comentándose apasionadamente las noticias telegráficas que la prensa recibía y las que el Gobierno se dignaba comunicar en términos vagos e imprecisos, recomendándonos siempre que procurásemos calmar nuestras impaciencias.

#### CRUPOS Y PATRULLAS

Numerosos grupos de jóvenes exaltados se formaban en la Plaza de la Constitución, disolviéndolos la Guardia provincial a caballo, que desde la noche del mitin patrullaba por los alrededores de la plaza. El gobernador civil, señor Settier, mezclado entre ellos, los exhortaba con la mayor corrección a que depusieran su actitud belicosa. Otros grupos se situaban ante los cafés

atisbando a algunos de aquellos traidores «acariados», para hacerles objeto de su enojo.

El día 30, jueves santo, debía constituirse la Junta de diputados provinciales y compromisarios para la elección de senadores que había de efectuarse al siguiente día 31. Se hablaba de que los compromisarios de dos islas del grupo occidental sumarían sus votos a los canarios para elegir senador al señor León y Castillo, a quien se atribuía la causa de todo lo que venía ocurriendo, y hasta se decía que, por lo menos, tres diputados de Tenerife votarían también aquella candidatura.

Estos manejos de la baja política sacaron de quicio al pueblo y le hicieron perder la poca paciencia que le quedaba, revelándose en todos los semblantes la indignación y la ira. Bueno estaba que los diputados y compromisarios orientales dieran sus sufragios al enemigo de nuestra isla; pero era intolerable que hombres nacidos en Tenerife o que con nosotros convivían, traicionaran de ese modo al país.

Constituída la Junta, el público invadió los salones de la Diputación provincial, y algunos grupos se situaron en la plaza de San Francisco para esperar la salida de aquellos señores, que, al cabo, fueron desfilando ante la airada multitud, que se contentó solamente con hacerles objeto de su rechiffa, oyéndose algunos mueras.

Otros sucesos ocurrieron en aquel jueves, al-

gunos de los cuales voy a referir, dejando para el siguiente artículo el relato de los episodios del viernes santo.

#### INCIDENTES VARIOS

Uno de esos sucesos—que no pasó de pintoresco incidente, que pudo, sin embargo, ser trágico—tuvo su gestación en la fonda que don Benigno Ramos tenía en la casa que hoy ocupa el Hotel Victoria.

Hallábanse allí por la tarde asomados a un balcón dos señores de Las Palmas, contemplando la gente que bullía en la plaza, y entre ambos se concertó una apuesta sobre cuál se atrevía a cruzarla sin riesgo para su persona. Decidióse al fin uno de ellos a echárselas de valiente, y salió a la calle, ignorando que ya se sabía su propósito por algunas palabras que desde arriba habían llegado a un grupo estacionado en la esquina de la fonda.

Y, naturalmente, tan pronto aquel señor (que desempeñaba aquí un destino oficial y cuyo nombre ahora no recuerdo) puso los piés en la plaza, se vió acometido por los del grupo que, con insultos y amenazas, le siguieron en su precipitada carrera en dirección al café de don Bernardo Perera, alcanzándole un palo al penetrar allí medio muerto de miedo, y sin reparar, por fortuna para él, que un brazo armado de navaja se extendía para herirle, impidiéndolo una mano generosa que aquel brazo detuvo.

Otro señor, también de Las Palmas, empleado en Hacienda, hombre de elevada estatura y lengua barba rubia, estuvo escondido en el café Cuatro Naciones hasta la madrugada, pudiendo escapar por la puerta trasera de la casa, disfrazado con ropas de mujer que allí le proporcionaron. El terror pánico que de él se apoderó al ver el peligro que corría, pues el público estacionado en la puerta del café pedía a gritos su cabeza, degeneró en locura, falleciendo algún tiempo después loco de remate. Tal sujeto había aquella noche defendido con calor al señor León y Castillo, dando por bueno todo lo que estaba pasando, entre frases injuriosas para Santa Cruz.

#### EL CATALÁN

Y para poner punto a este artículo, referiré lo ocurrido aquella misma noche en la sucursal de la fonda del señor Ramos, establecida donde hoy está la librería católica, y que alojaba a los compromisarios custodiados por un mocetón catalán, de recia envergadura, sirviente del señor Ramos.

Ya en la noche anterior se había frustrado un intento de asalto, por la enérgica intervención del catalán; mas en aquella noche la entrada no ofreció tantas dificultades al grupo acometedor— que se había propuesto darles un susto a los compromisarios—; pues hallaron al catalán dormido en la escalera que desde la puerta de la calle da-

ba acceso a las habitaciones ocupadas por aquellos sujetos. Aquel grupo, compuesto de tres jóvenes, ya fallecidos, subió con cierta precaución, pero no tanta que no hiciera despertar al fornido guardián, el cual, al verse en trance tal, la emprendió con los tres, y todos juntos rodaron la escalera hasta dar con sus huesos en la calle. Uno de los asaltantes, repuesto de la acometida, sacó una «macana» y la descargó con fuerza en la cabeza del catalán. Levantóse éste bramando de coraje y corrió hacia el Hotel, de donde salió luego empuñando un machete y se abalanzó sobre sus agresores. Pero no pudo acometerles, porque en aquel momento otro joven que a ellos se había aproximado, dió con el puño de su paraguas tan fuerte golpe en el codo al catalán, que le hizo soltar el arma.

Casi al mismo tiempo que esto sucedía, estallaba con pavoroso estruendo un petardo en la calle de San Pedro Alcántara, junto a la trasera de la misma casa, llenando de pánico a los comprometidos, que ya presagiaban los acontecimientos que al siguiente día iban a desarrollarse ante su vista.





### III

No voy a referir con toda suerte de detalles, porque alargaría demasiado este artículo, lo que en Santa Cruz ocurriera aquel 31 de marzo de 1893, día consagrado por la Iglesia católica a conmemorar la muerte de Cristo. Reduciré este relato a lo más saliente de aquella jornada motinesca de algunos de cuyos episodios fui testigo ocular, interviniendo en otros muy modesta y comedidamente.

Desde las primeras horas de la mañana se iban formando grupos en la plaza de San Francisco y en la de la Constitución, ocupando también alguna gente la Alameda de la Marina y los alrededores de la Capitanía del puerto.

La ciudad parecía dominada por cierta inquietud; y bajo su taciturna apariencia el público reprimía la ira que había de desbordarse muy pronto ante una provocación insensata, en momentos en que el pueblo inerme quiso demostrar su enojo, nunca más justificado ni más legítimo.

### ALARDE DE FUERZAS

La elección de senadores iba a efectuarse en la Diputación provincial, y todo hacía suponer que el embarque de los compromisarios de la Palma y de la Gomera, que votaban al Sr. León y Castillo, diera motivo a una ruidosa protesta. Pero de esto no se hubiese pasado, si no se hubiera hecho un innecesario alarde de fuerzas para proteger las vidas de unas personas contra las que nadie pensaba atentar. Lo que debió ser una manifestación de desagrado tuvo sin embargo tal importancia, que no registra Santa Cruz de Tenerife esa efeméride como la página más luctuosa de su historia, merced a la intervención de un prócer tinerfeño, tan injustamente olvidado como merecedor de la gratitud de este pueblo.

El capitán general, señor López Pinto, que residía en La Laguna, bajó en aquella mañana y recorrió a pié algunas calles, siendo aclamado por la multitud; y debió convencerse que nada anormal ocurría, cuando, poco después, regresaba a su residencia.

### UNA SORPRESA

Pero unas horas más tarde el público vió con la natural sorpresa que salían de sus cuarteles fuerzas del Ejército; que una compañía de artilleros se situaba en la Plaza de San Francisco; que el Batallón de Cazadores cubría la carrera

desde este lugar hasta la plaza de la Constitución, y que la Guardia provincial, montada, guardaba la entrada del muelle. Todas estas tropas estaban a las órdenes del coronel don Elicio Cambreleng y Bériz, bizarro militar y caballero ciudadano, perteneciente a una de las más distinguidas familias de Tenerife. El batallón de Cazadores lo mandaba su teniente coronel don Aristides Goicoviche.

Pero todo este aparato belicoso, destinado sin duda a reprimir cualquier intento de violencia, no amedrento

a los santacruceros: que pueblo era aquel que no se acobardaba tan fácilmente, como entonces lo demostró, aunque tuviera que habérselas con las balas,



Elicio Cambreleng y Bériz

Enardecida la muchedumbre, invadió la plaza de San Francisco para presenciar la salida de los compromisarios. Su impaciencia empezaba ya a manifestarse en silbidos y mueras a aquellos que habían traicionado a Tenerife, votando a su secular enemigo.

Y comenzó el desfile de unos señores de cadavérico aspecto, protegidos por la artillería; acogéndolos el pueblo con rugiente bramido de coraje, con insultos y amenazas; y siguieron su marcha lenta y jadeante hacia la Plaza de la Constitución, entre las filas del Batallón de Cazadores, cuyos soldados tenían que sostenerlos para no venir al suelo, poseídos de un temor insuperable.

En la plaza se hallaba el señor Cambreleng con su corneta de órdenes, y junto al castillo de San Cristóbal se veía al señor Goicoviche, a caballo, con algunos oficiales y soldados.

#### LA TROPA EN ACCIÓN

Cuando aquella masa compacta de paisanos y militares dobló la esquina del Casino y bajó la rampa de la calle de la Marina en dirección al muelle, ya el oleaje humano, que llenaba aquellos lugares, no pudo contenerse y trató de romper las filas de soldados para saciar su cólera reconcentrada. Pero la tropa defendía a aquellos señores confiados a su custodia, y la muchedumbre retrocedía, dejándoles libre el paso. Ya desde estos momentos puede decirse que se inició

la hostilidad por parte del pueblo, que tuvo su máxima virulencia al llegar los compromisarios frente a la Alameda y a los almacenes del señor Ruiz Arteaga. La pedrea comenzó entonces con gran violencia, hiriendo uno de aquellos proyectiles en una pierna al señor Goicoviche, el cual dió la orden de hacer fuego. Los disparos sin duda fueron al aire, porque no causaron víctimas. Al oír la descarga, el señor Cambreleng se acercó al señor Goicoviche, increpándole con estas palabras: «¡Eh! ¿Qué es eso, teniente coronel? ¡Aténgase usted a las órdenes recibidas!»

En aquellos instantes de verdadero peligro, el respetable jefe del Partido Republicano, señor Suárez Guerra, hablaba acaloradamente con el señor Cambreleng, protestando de aquella descarga sobre una multitud inerte; y



José Suárez Guerra

ofro significado republicano, don Daniel Fernández del Castillo, que exteriorizaba también su pro-



testa, fué conducido arrestado al cuartel de San Carlos.

#### CRECE EL TUMULTO

En el muelle el tumulto era espantoso. La muchedumbre, sin que temor alguno la contuviera, lanzaba una verdadera lluvia de piedras contra todos los que se oponían a su deseo de agredir a los compromisarios. Uno de éstos, el médico gomero señor Macías Fuerte, recibió una pedrada en la cabeza que le causó una herida sangrante. Las piedras llegaban en cestas traídas por mujeres de la pescadería; la gente, alocada ya, se metía hasta debajo de los caballos de la Guardia, acometiendo siempre y procurando esquivar el alcance de los sables desenvainados, que caían sobre algunas cabezas. Diéronse allí verdaderas cargas; las bayonetas hicieron su oficio, y milagrosamente pudo el joven don Eduardo Acevedo escapar con vida de una de ellas dirigida a su pecho, y que quedó clavada en la puerta del almacén del señor Ruiz.

#### OTRA DESCARGA

El señor Goicoviche, a pesar de las órdenes severas recibidas, mandó de nuevo a hacer fuego, al mismo tiempo que decía:—«¡A ellos! ¡Duro y a la cabeza!»—. Sonó otra descarga, sembrando el terror en parte de aquella gente, que huyó desfavorida y se refugió en la Capitanía del puerto, debiendo la vida al generoso proceder del Co-

mandante de Marina. El gobernador civil, señor Settier, estaba también allí, solo y desarmado, mezclándose entre la multitud, que no le obedecía, y recibió una pedrada en la cabeza, afortunadamente sin consecuencias. La tropa seguía defendiendo a los compromisarios, que ya no podían tenerse en pié del miedo que les hacía temblar visiblemente, y que continuaban su éxodo por el muelle en busca del suspirado embarcadero.

#### LAS FAMOSAS MALETAS

Pero si el pueblo no pudo calmar su furor en quienes llamaba traidores a la causa de Tenerife, el populacho, compuesto de un enjambre de mozalbetes, la emprendió con el equipaje de los compromisarios; y a pesar de que la tropa recibió órdenes terminantes de protegerlo, aquellas maletas de todos tamaños y colores fueron despedazadas con singular saña y regocijo, y lanzado al mar todo cuanto contenían, excepto varias levitas que más tarde se vieron colgadas de algunas casas de la calle del Castillo, como extraño trofeo de aquel motín.

Este episodio de las maletas fué de lo más pintoresco de aquel día memorable. Hubo chiquillo que se vió en posesión de objetos de valor que algunas contenían, y los arrojaba al agua después de hacerlos pedazos. Al mar fueron relojes de oro, billetes de banco, camisas, pañuelos, etc.

La musa popular, con el tema de las maletas, parodió algunos versos célebres; y a la memoria me acude ahora una composición que empezaba:

«¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!  
Las maletas os dan rico botín:  
zurcidos calcetines, oro en barras,  
y levitas del tiempo de Caín.»

También recuerdo estos cuatro versos de la parodia que un poeta santacruzco hizo del «Dos de Mayo», de Bernardo López García:

«Porque indómitos y fieros  
saben hacer los chiquillos,  
látigos para esos pillos  
con maletas de gomeros.»

#### A SALVO

Los compromisarios pudieron al fin llegar a bordo, contusionados muchos, herido de relativa importancia uno de ellos, y todos hechos una verdadera lástima, por aquellos angustiosos instantes de tortura moral que habían sufrido.

Súpose que cierto compromisario, al poner los piés en el vapor, cayó de rodillas, y vertiendo lágrimas de la emoción de verse ya libre de todo peligro, juró y perjuró que jamás volvería a pisar esta tierra maldita; y no estoy muy seguro si cumplió su juramento.

El embarque de los comprometidos no calmó del todo la efervescencia popular; pues aun se registraron algunos intentos de agresión a la fuerza armada cuando se disponía a marchar a sus cuarteles. En un grupo numeroso que ocupaba la Alameda hubo propósito de acometer a la tropa, evitándolo el señor Pulido con el gran ascendiente de su palabra.

El general Pérez Galdós, gobernador militar de la plaza y que habitaba el castillo de San Cristóbal, pudo presenciar ocultamente todas las fases de la contienda; y, según después se supo, no había quedado muy satisfecho de la disciplina de algún oficial en la defensa de las maletas; lo que dió motivo al traslado de un hijo del país a Melilla.

#### GOICOVICHE

La odiosidad del pueblo tinerfeño al señor Goicoviche, por su mal contenido deseo de verter sangre aquel día, le obligó a encerrarse en su casa y pedir el traslado; embarcándose furtivamente de noche por el muelle de la «Frescura», protegido por el Comisario de policía, don Ricardo Suárez. Era tal el enojo que aquel buen señor había inspirado, que no podía siquiera asomarse a la ventana sin que cayeran sobre él los insultos más groseros.

Esta justificada actitud del pueblo contra quien pudo traer un día de luto a Santa Cruz,

contrastaba con el respeto y la consideración que a todos merecía el caballeroso y digno proceder del señor Cambreleng, que, sin descuidar sus deberes de militar pundonoroso, logró evitar una catástrofe. Mal se le ha pagado su noble conducta; que olvidado se le tiene, siendo merecedor como el que más, de un homenaje.

#### UN COMENTARIO

De injustificada y ridícula se tendrá hoy por ciertos espíritus sanchopancescos, aquella motinesca algarada que germinó al impulso de nobles y exaltados sentimientos de dignidad y patriotismo. Pero los que así tan ligeramente juzguen estas cosas, no conocieron al Santa Cruz de hace cuarenta años: espiritual, romántico, entusiasta, amante como pueblo alguno de sus tradiciones y de los gloriosos timbres que para él supieron conquistar sus padres con el sacrificio de sus vidas. Hoy todo esto tiene un marcado sabor a cursilería, a patriotería pedantesca muy siglo XIX, ya mandada a arrinconar en el desván de los trastos viejos.

El ambiente que ahora se respira de grosero positivismo, adobado con la salsa del cemento armado; ambiente en que viven muy satisfechos los que llevan por dentro toda la prosa vil de las cosas materiales, disculpa si no justifica, la indiferencia con que se dieron por buenos ciertos he-

chos consumados, de que no quiero en este lugar ocuparme.

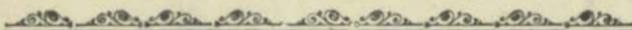
El pueblo de marzo de 1893, que airado protesta por la supresión de un organismo militar que encarnaba una hegemonía conquistada con sangre generosa, no es el pueblo de 1927, que vió impasible y hasta con singular complacencia por algunos, la humillación y el despojo.

Terminaré reproduciendo, porque viene a cuento, unos versos del sonetejo que en un aniversario de la gloriosa fecha del 25 de julio de 1797, publiqué en este mismo periódico:

Hijos menguados de la raza aquella,  
de sus virtudes, que la Historia traza,  
sólo aprendimos a borrar la huella.







## El periódico "El Pueblo"

Siguiendo el plan que me he trazado en estos artículos, correspóndeme ahora evocar los recuerdos de mis aficiones al periodismo, en aquella hermosa edad de la vida, en la nunca bastante llorada juventud, tanto más suspirada y apetecida cuanto mayor va siendo la brumosa lejanía del tiempo ido que la separa de nosotros.

Y voy a añorar los días luminosos vividos en plena florescencia de espiritualidades ideológicas, de aquel romanticismo político que compartimos, llenos de ilusiones y de esperanzas, con los amigos queridos de aquella época ya tan lejana, muchos de los cuales han desaparecido para siempre.

Sintiendo la comezón contagiosa de escribir para el público, fundé «El Pueblo», semanario de la juventud republicana, y de cuya dirección se



encargó Francisco Rodríguez López, que a la sazón era presidente de la Sociedad del mismo nombre.

Empezóse a editar en la imprenta de don Abelardo Bonnet el 18 de agosto de 1894, y su



Francisco Rodríguez López

primer número contenía artículos de Pulido, Calzadilla (don Rafael), Rodríguez López, y uno mío, comentando otro de don Sebastián López Mora, publicado en el periódico «La Orotava», de aquella Villa.

De pequeñas dimensiones, pero nutrido siempre de lectura, «El Pueblo» intervenía con cierta independencia

en el republicanismo local, al que consagró sus modestos esfuerzos, y no fué ajeno a la defensa de los intereses materiales del país, ni descuidó tampoco la propaganda de su orientación libre-pensadora.

REDACTORES Y COLABORADORES

Fueron mis compañeros de redacción Mario Arozena, Alfonso Dugour y Alfonso Delgado Lorenzo, y asíduos colaboradores, en la primera época del periódico, Pulido, Isaac Viera, Fernando Suárez-Corvo, Gundemaro Baudet, Juan Fernaud y la señorita Elvira Machado. También insertó artículos de Villalba Hervás, Claudio F. Sarmiento, Miguel Miranda y otros. Rodríguez Figueroa publicó en él su primer trabajo periodístico.

«El Pueblo» se distinguía por su patriotismo exaltado y su enemiga al fusio-leonismo, al que fustigó despiadadamente; y como sus redactores no teníamos pelos en la lengua, se llamaban las cosas por su nombre, sin reparar en nada ni en nadie. Este empeño nuestro de decir siempre la verdad, nos trajo algunos disgustos y tropiezos propios del oficio; y a cuento de ello referiré un incidente que tuvo derivaciones muy pintorescas por la intervención de un concejal de la minoría republicana del Ayuntamiento.

Publicó el periódico un artículo censurando la gestión de la Corporación municipal, y terminaba con este párrafo: «No terminaremos sin consignar nuestro profundo disgusto por la participación que en todo esto cabe a nuestra minoría, que a todo accede complaciente, según parece, pues de nada protesta ni inicia cosa alguna

que la pública atención despierte y aplaudir pudiera.»

Leer ésto el concejal a que aludo y venir a la redacción en busca del director del periódico, todo fué uno. Allí se encontraba Rodríguez López y ambos salieron con dirección a la Caleta, sitio elegido por el concejal para pedirle explicaciones. Lo que en aquel lugar ocurriera nunca se supo con certeza; pero sí que salió a relucir el nombre del autor, que se hallaba de excursión al Teide con unos amigos. El encuentro tuvo lugar dos días después en la calle de José Murphy, y a la primera embestida del enojado concejal se le quedó en las manos el chaleco del novel periodista, que era un joven culto, de pacífico temperamento, pero que hubo de repeler la agresión a pesar de su inferioridad física.

#### UNA EXCURSIÓN PINTORESCA

Como era natural, se produjo la vacante en la dirección del periódico, y designamos para ocuparla a Gundemaro Baudet. Este nombramiento se festejó en la Matanza, en la fonda de «La Manca», que algunos recordarán con agrado, por lo mucho y bien y barato que allí se comía.

No debo omitir el relato de aquella excursión, que tanta resonancia tuvo entre nosotros, y que nos dejó un recuerdo imborrable.

La «juerga» debía sujetarse a un chispeante

«Programa» redactado por Mario Arozena, y del que aun conservo un ejemplar, que no reproduzco aquí por su mucha extensión y su pronunciado sabor «naturalista».

Partimos de la Plaza de la Constitución a las siete de la mañana del 2 de junio de 1895, en tres «landós», Isaac Viera, Mario Arozena, Gundemaro Baudet, Miguel Rodríguez Baeza, Fernando Suárez-Corvo, Alfonso Dugour, Rafael Calzadilla (hijo), Alfonso Delgado y el que esto escribe, acompañados de don Manuel García Rodríguez, amigo de todos nosotros, relojero y fotógrafo, y de Feliciano Cabrera, cajista que componía «El Pueblo».



Mario Arozena

Todo el trayecto hasta la Matanza, con la parada en el Mesón de la Cuesta, donde, según rezaba el «programa», se tomaría el consiguiente

«rascabuche y otras menudencias», fué una constante algazara en aquellos tres coches, matizada de chistes ocurrentes y bromas de buen gusto.

Ya desde el Mesón encendió Isaac Viera el primero de los seis descomunales «habanos», elaborados expresamente para él por don José Zamorano Villar, con tripa de rama de papas, «truco» que no sospechó el inspirado vate lanzaroteño, fumándose los todos durante aquel día (mascándose los, mejor dicho) y que le supieron a gloria.

#### ESCENA JOCO-SERIA

Llegados a la Matanza y siguiendo el programa de Mario, se procedió a la «consagración» de Gundemaro Baudet en el cargo de director de «El Pueblo». Ofició de pontifical Isaac Viera con su traje talar de muselina pintarrajeado por Juan Benítez, mitra de papel, más semejante a corozca, en la que aparecían unos diablillos envueltos en llamas, y colgando del cuello una chapa de morrión de miliciano nacional, que fué del uso de nuestro correligionario don Fernando Martínez. Ayudábale en la ceremonia Fernando Suárez-Corvo, vestido de monaguillo, llevando en la mano una «limeta» de estaño, vacía, y que agitaba a guisa de campanilla, pues en ella había metido unas cuantas perras gordas. Improvisado una especie de púlpito en media pipa que por allí había, lo ocupó Viera y, en latín macarrónico, hizo el panegírico del festejado.

A pesar de los años transcurridos, no se ha borrado de mi memoria aquella escena joco-seria, que a todos nos hizo desternillar de risa, y de la que don Manuel García sacó unas fotografías que ignoro dónde fueron a parar. El momento más emocionante fué cuando Viera bendijo a Baudet y le dió el «espaldarazo» con la tranca de una puerta que le servía de báculo.

Toda esta ceremonia, que tuvo por escenario el patio de la fonda bajo un tupido emparrado, fué presenciada por una docena de «magos» de aquellos contornos, atraídos por la bullanga de la «juerga», que contemplaban embobados a aquel «Obispo» de tan extraño ropaje y que hablaba una lengua para ellos desconocida.

#### MARÍA «LA MANCA»

Para hacer el elogio del almuerzo que siguió a continuación, baste decir que lo condimentó María «La Manca» (que no tenía ninguna lisiadura, por cierto), famosa en aquellos tiempos por la abundancia y calidad de la comida y pureza del tintillo que en su fonda se servía. Nadie pudo rivalizar con ella en su clásica sopa de pan con caldo de gallina y matas de hierba-huerto, en el arroz con pollo, en la gallina rellena, en la carne con patatas, en las viejas y cabrillas con mojo picón o con exquisita salsa aderezadas, en los postres de confituras, truchas, rosquetes y queso fresco del país, y en aquella riquísima fruta, sazo-

nada y olorosa, propia de la estación, no faltando tampoco el aromático café caraqueño.

Terminado el almuerzo, sin «pítimas ni discursos», según imponía el programa, salimos de paseo por la carretera, contemplando el espléndido panorama que en aquellos lugares nos ofrecía un día como aquel tan despejado y luminoso. Luego, en la fonda, se rasgueó una guitarra y se cantaron folías y malagueñas, entre sorbo y sorbo de unas botellas de cerveza.

La comida fué un verdadero acontecimiento culinario, pues en profusión y variedad de platos no tuvo que envidiar mucho a las célebres bodas de Camacho. Aquel banquete, que de tal puede calificarse, formó época en los anales de la casa. Doña María, de voluminosa humanidad y bonachona sonrisa, rebosaba satisfacción ante aquella mesa ocupada por once comensales, que la colmaban de enhorabuenas, y entre los cuales los había de cuidado en achaque de excelentes tragaderas, como lo demostraron Miguel Rodríguez, Isaac Viera y don Manuel García, que de cuatro gallinas acompañadas de sus correspondientes patatas, que les sirvieron, apenas si quedaron los huesos mondos, sin que por ello dejaran de hacer honor a los demás platos. «La Manca» debió de sospechar que la gente aquella traía el hambre muy atrasada.

A las doce de la noche regresamos a Santa Cruz, y, como el «programa» también apuntaba,

unos se fueron al Teatro a aplaudir la compañía de Espejo, y otros, los menos, marcháronse de picos pardos.

#### SEGUNDA ETAPA

Al segundo año «El Pueblo» aumentó sus dimensiones, editándose en la Imprenta Isleña. Publicaba retratos de personajes de alguna celebridad, especialmente de hijos ilustres de Canarias, cuyas biografías estaban a cargo de Ginés Paredes Muñoz, que, con José Cabrera Díaz, formó parte desde entonces de nuestra redacción. Cabrera Díaz empezó en «El Pueblo» su agitada vida de periodista de combate e hizo popular el nombre de «J. Bergara Cádiz», usando con éste más tarde en «La Palestra» (semanario de que me ocuparé en el próximo artículo) los de «Moisés» y «Benjamín A. Recio». Mario Arozena en esta segunda etapa del periódico, publicó sus «Chispazos y perfiles», tratando diversos asuntos literarios con su reconocida competencia.

Suspendida por aquel tiempo la publicación de «El Memorandum», el partido republicano de Tenerife no contaba con más órgano en la prensa que nuestro periódico, y en él escribió Pulido una serie de artículos titulados «Cuestión gravísima», ocupándose de la inhumana persecución de que eran objeto los prófugos en esta isla. Intervinieron los Tribunales militares y Gundemaro fué procesado, aunque sin consecuencias, por haberle

comprendido una amnistía concedida por el Gobierno.

#### EL AMOR AL TERRUÑO

«El Pueblo» luchó por sus ideales con el mayor entusiasmo, combatiendo también briosamente por los fueros de Tenerife, que era entonces la máxima aspiración de los republicanos, preferente siempre a toda conveniencia política. El amor al terruño nativo, que hoy resulta casi y sin casi una «majadería» para algunos «intelectuales» ultra-modernistas, era la mayor virtud cívica de aquellos hombres insignes, con cuya amistad me honré, que se llamaron Bernabé Rodríguez Pastрана, José Suárez Guerra, Pulido, Villalba, Estévanez, Izquierdo Azcárate, Calzadilla, Cámara, Ballester, Cúllen y tantos otros en más modesta esfera social, que no cito por no alargar más este artículo.

Y, antes del tercer año de vida, desapareció el periódico por falta de recursos económicos y por la «modorra» que se apoderó de algunas plumas que lo sostenían. Murió, y han muerto como él muchos de los que en «El Pueblo» vieron realizadas sus ilusiones de noveles periodistas, con una labor tan modesta como desinteresada y noble.



## “La Palestra”

No era periódico político afiliado a ningún partido, aunque republicanos lo fundamos. Fué esencialmente democrático, con radicalismos substanciales, aún en materia religiosa, y esbozó algunos problemas de médula socialista, con derivaciones tangibles en el proletariado tinerfeño. Teníamos amplitud de criterio para todas las opiniones que no se salieran de las normas que nos impusimos, y por ello en «La Palestra» colaboraron muchos escritores que no sustentaban nuestras ideas.

Vió la luz el primer número en abril de 1899, editándose en la imprenta de don Anselmo Benitez, que era por aquel tiempo (como lo había sido en épocas anteriores) el socorrido Mecenaz de todas las empresas periodísticas de escasa enjundia económica.

LA PRIMERA REDACCIÓN

Nombramos director a Pepe Acuña Trujillo, que poco escribía, aunque sabía hacerlo, y la Redacción la formábamos Luis Rodríguez Figueroa, que empezó a usar entonces el pseudónimo «Guillón Barrús» y nutría las columnas del periódico con aquellos artículos jugosos y crepitantes de sus buenos tiempos, y con sus primeras poesías, que yo estimo las mejores; Mario Arozena, que publicó una serie de «Cartas abiertas» sobre asuntos literarios, tratados con la galanura de su estilo y su competencia en tales materias;



José Acuña Trujillo

José Cabrera Díaz, candente y demoleador, de facundia inagotable, que en casi todos los números usaba sus nombres de «guerra», «Moisés», «Benjamín A. Recio» y «J. Bergara Cádiz»; Manuel Pí-

car Morales, militar, pintor, anticuario y prosista dado a la sátira que gustaba revivir los tiempos viejos y escribió varios artículos de tradiciones laguneras; Ramón Gary, poeta desconocido de esta generación, sentimental y armonioso en los versos fáciles que nos prodigaba, y castizo y florido en su prosa, que siempre se leía con gusto; y este humilde servidor de ustedes, «amateur» del periodismo y aficionado al trato de las Musas, que se sentía muy honrado y orgulloso entre aquellos queridos compañeros. A mi cargo estaban los artículos de fondo del periódico, aunque no siempre los escribía; publiqué también algunos sonetos; y últimamente inauguré una sección titulada «Notas negras», que fueron una válvula de escape de la clerofobia que por aquel tiempo aun me dominaba.

#### LOS COLABORADORES

«La Palestra» se vió favorecida por escritores de valía como don Miguel Pereyra de Armas, que publicaba trabajos literarios y críticas teatrales con su peculiar aticismo; como Villalba Hervás, Pérez Armas, Izquierdo Azcárate, Mafiotte (don Luis), Ruiz y Benítez de Lugo (don Ricardo), que insertaron también artículos muy notables; y por los poetas del terruño, Patricio y Guillermo Perera, Juan Domínguez Barrera y Agustín Aguiar y Carta, que escribieron inspirados versos. Y no debo omitir a otros asimismo

merecedores de un recuerdo en estas columnas, como Gundemaro Baudet («Amalio Puebla»), Nicolás Martí («Oscar Maltini»), Miguel Fera («Semi-Fusa»), Juan Fernaud («Juan Lata») y Jorge de Foronda («Darongorfejo»), que trataron asuntos políticos, científicos y literarios.

JOSÉ VIDAL

De intento he dejado para el último a José Vidal («Un madrileño»), soldado sanitario, encarado en un proceso por unos artículos publicados en «La Luz», de La Laguna, ofensivos para el Obispo.

Conocí a Vidal en su prisión de Paso-Alto, en una visita que le hicimos varios miembros de la Logia Añaza, y desde entonces empezó a escribir en «La Palestra» artículos políticos y de cuestiones religiosas, que fueron muy elogiados.

Era Vidal de cuerpo enteco, pero de carácter acerado e irreductible y de un espíritu luminoso forjado al calor de las ideas que sustentaba y con tenacidad defendía. No encontraba duro aquel jergón que me ofreció por asiento, ni le quitó nunca el sueño la saña con que se le persiguiera.

Absuelto en el Consejo de Guerra, se le destinó a Mahón; y procesado también allí, porque no cejó en sus ataques al dogma católico, le condenaron los Tribunales militares, muriendo en un

presidio de la Península, donde se le había recluido entre asesinos y ladrones.

#### FIGUEROA

Por aquella época Rodríguez Figueroa vivía plácidamente las horas de su estancia en el hotel Taoro, entre sus lecturas predilectas, y el flirteo con algunas de aquellas bellezas, más o menos heladas, que de la brumosa Britania venían en la estación invernal a respirar nuestro templado ambiente, y que él sabía idealizar con las exquisiteces de su alma de poeta; y allí concibió el



Luis Rodríguez Figueroa

propósito de una fraternal conjunción espiritual de las dos islas más importantes del archipiélago, sirviendo de nexo el periodismo, a cuyo fin sostuvo correspondencia con sus amigos de Las Palmas, que acogieron la idea con entusiasmo. Proponíase Luis dar una tregua a las insidiosas y

perturbadoras campañas que la prensa de ambas islas sostenía y que habían envenenado el alma de la región, para llegar quizás a una paz duradera entre la familia canaria.

El empeño no podía ser más laudable; y de él se ocupó «La Palestra», tomando la iniciativa para la celebración de una Asamblea en Santa Cruz de periodistas y otros elementos intelectuales de Las Palmas y de Tenerife.

#### UN BANQUETE MEMORABLE

Aceptada la invitación, reuniéronse en «Pino de Oro», en fraternal banquete, los señores López Martín (don José), canónigo de la Catedral de Canaria; los presbíteros señores Viera y Feo, y los compañeros de la prensa de aquella Isla, José Betancort («Angel Guerra»), Navarro, Boisier, Monzón y otros.

Por Tenerife concurrimos Patricio Estévez, Benito Pérez Armas, Juan Acevedo Rodríguez, Juan Bonnet, Mario Arozena, Rodríguez Figueroa, José Acuña, Miguel Fera, Juan Fernaud, Gundemaro Baudet, José Cabrera Díaz, Octavio Rodríguez de la Vega y el que traza estos renglones.

De los discursos que allí se pronunciaron sobresalió el del señor López Martín, que era elocuentísimo orador de cálida palabra. Recuerdo que refiriéndose a nuestras rencillas locales, dijo «que comparaba a Tenerife y Las Palmas

con dos mujeres hermosas que rivalizaban en belleza y procuraban realzar sus respectivos encantos».

DON JUAN ACEVEDO

Al siguiente día (me parece que fué en el mes de septiembre del 99), don Juan Acevedo, que entonces publicaba el periódico satírico «Chó Caytano», nos invitó a una comida netamente canaria, en casa de Porcell, compuesta de gofio amasado, papas, chesne con mojo picón, queso isleño y tintillo del país. No todos aceptaron tal invitación; pero los que concurrimos pasamos unas horas alegremente, con los deliciosos cuentos del anfitrión, que era de vena inagotable para los chistes. Con el asunto de uno de aquellos cuentos, compuse yo un soneto, que Gundemaro Baudet publicó en «Unión Conservadora», donde ya por aquel tiempo escribía.

FIN DE «LA PALESTRA»

«La Palestra», cuando ya iba a entrar en el segundo año de su publicación, comenzó a flaquear económicamente, más por desordenada administración que por falta del favor del público. Y como además faltóle el concurso de sus colaboradores, excepto algunos artículos que desde el Taoro nos remitía Rodríguez Figueroa, quedó su redacción reducida a Pepe Cabrera y al que esto escribe, y era un agobio la salida del

periódico, que constituía para nosotros una pesada carga.

Mis «Notas Negras» habíanle restado últimamente muchos suscriptores; y los trallazos, por otra parte, de Cabrera Díaz, que arremetía sin contemplaciones contra todo lo que él consideraba digno de censura, dieron al traste con el periódico, cuyo último número se publicó en abril de 1900, al año justo de vida.

Este postrer número hizo mucho ruido y precipitó la muerte de «La Palestra». Contenia un artículo titulado «Notas al vuelo», de Pepe Cabrera, con la firma de «Benjamín A. Recio», y era un botafuego contra el forasterismo. Algo exagerado en sus juicios estaba, sin duda, aquel escrito, que a Cabrera casi le cuesta un serio disgusto, y que yo, después de treinta y dos años he vuelto a leer, admirándome de cómo entonces se podían decir tales cosas.





## El periódico “El Ideal”

La desaparición de «El Memorandum», que Pulido fundó allá por el año 1874, y que fué el mejor periódico de su época en Canarias, dejó al partido republicano sin órgano en la prensa cuando más necesaria era su intervención en la política del país, manejada a su antojo por los partidos o bandos monárquicos.

Tratóse entonces de fundar un periódico, y apareció «El Ideal», que se publicaba seis veces al mes, dirigido por don Manuel de Cámara, editándose en la imprenta de Benítez. El partido designó para que lo redactáramos, en unión del señor Cámara, a Rodolfo Cabrera y a mí, viendo la luz el 8 de abril de 1901.

Era «El Ideal» un periódico de grandes dimensiones, de corte clásico, septembrino en su forma y fondo, que más tarde modificó moderni-

zándose un poco, y cuyos artículos doctrinales llenaban dos o tres columnas. Creo que fué el primer periódico republicano que aquí recompensó pecuniariamente a sus redactores, exceptuando al señor Cámara, y pagó algunos artículos de colaboración, de los fondos que se aportaron para sostenerlo.

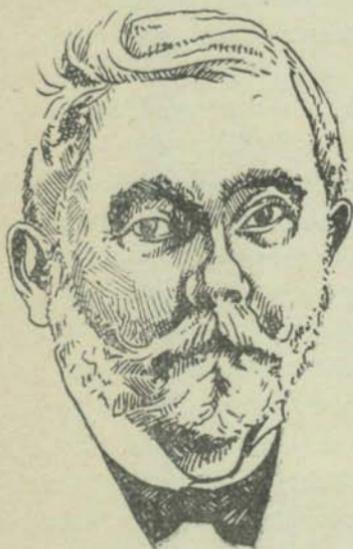
En «El Ideal» colaboraron asiduamente los señores Pérez-Zamora (don Aurelio); Almeida (don Rafael); Peniche y Lugo (don Francisco); González Díaz; Rodríguez Figueroa; Juan María González; Angel Guerra; Viera (Isaac), que publicó inspiradas poesías, y algunos otros que no recuerdo.

Exceptuando la parte de colaboración y los artículos de Rodolfo Cabrera («Revista Internacional», en todos los números, y otros trabajos extensos, como un estudio muy documentado sobre «Imperialismo británico»), todo lo demás del periódico lo hacíamos don Manuel y yo, teniendo también a mi cargo una sección de menudencias políticas titulada «Notas», donde entremezclaba algunos vercesillos de circunstancias.

#### LA LABOR DEL SEÑOR CÁMARA

El señor Cámara, persona correctísima, de esmerado trato, vasta cultura y conocedor como pocos de nuestros asuntos municipales (y aún de los regionales, pues supo como nadie documentar e ilustrar a la Asamblea de 1911, en el llama-

do pleito canario), se ocupaba con preferencia de las cuestiones más económicas que políticas que entonces agitaban al Ayuntamiento, y lo hacía con aquel su estio tan pulcro y atildado como su



Manuel de Cámara

Huelga aquí resaltar su personalidad prestigiosa, que se destacaba entre aquella pléyade de republicanos ilustres, honra de la patria chica, ya desaparecidos por desgracia para este país. Era metódico y austero y refractario a la populachería. En todos los cargos que desempeñó dejó huellas de su laboriosidad y fecundas iniciativas. A él se deben muchos proyectos de reformas urbanas para embellecimiento de esta capital,

persona, pero algunas veces mortificante para los que él hacía blanco de sus ataques.

Hombre íntegro, de convicciones arraigadas y férreo de voluntad, no transigió nunca con lo que él consideraba fuera de las normas que en su vida de hombre público se había trazado.—

que no pasaron de tales, por nuestra ingénita apatía.

El señor Cámara fué director de la Sociedad Económica de Amigos del País, y desempeñó interinamente la Alcaldía de esta capital, figurando en la minoría republicana del Ayuntamiento.

#### RODOLFO CABRERA

Quiero tributar aquí un sentido recuerdo a la memoria de este malgrado amigo inolvidable, desconocido de esta generación. Rodolfo Cabrera fué uno de los valores intelectuales más positivos de la región canaria, que pudo enorgullecerse de ello. Consagrado desde niño al estudio con sed insaciable de saber, aquella cabeza encerraba toda la Biblioteca del Instituto de La Laguna, donde cursó el bachillerato. Su cultura enciclopédica admiraba y abrumaba, porque nadie podía luchar con aquella erudición asombrosa. Sus triunfos en el Instituto y en la Universidad fueron ruidosos y le dieron fama de que desconcertaba con su saber a sus profesores, que obligados se veían algunas veces a hacerle callar. Sin hipérbole podía considerársele como el Menéndez Pelayo canario, no sólo por su privilegiada inteligencia nutrida de conocimientos universales, sino por la memoria prodigiosa que tenía.

Cursando aún el bachillerato, se dió a conocer como orador elocuente, de relieve tribunicio,

en el antiguo Gabinete Instructivo de esta capital, donde discursó y sostuvo reñidas polémicas con lo más docto de aquella casa.

Las sesiones del Gabinete atraían a un numerosísimo público, ansioso de escuchar la palabra admirable de aquel joven estudiante, que ni siquiera le apuntaba el bozo, y que tan grande parecido físico tenía con el primer Napoleón.

Don Enrique Funes (oficial de Administración Militar, notable escritor y grandísimo poeta, que popularizó su pseudónimo «Galeotito») fué uno de los contrincantes de Rodolfo, quizás el que mejor librado saliera en aquel torneo de la inteligencia donde tan mal parados quedaban todos, y le dedicó un soneto (que los sabía hacer y muy hermosos) del que recuerdo algunos versos, entre ellos este cuarteto:

«Imágen del tremendo Bonaparte,  
le igualas en el sér y en la presencia;  
cual él destruyes, ¡y oyen su sentencia  
tronos y religión al escucharte!»

#### UN DISCURSO MEMORABLE

El mejor de los discursos políticos de Rodolfo fué el que pronunció en el Teatro de esta capital el 3 de mayo de 1903, en el mitin de adhesión a la Asamblea del partido republicano celebrada en Madrid el 25 de marzo de aquel año. Conservo el número de «El Ideal» en que se pu-



blicó íntegro, ocupando más de dos planas; y, aun a trueque de alargar demasiado este artícu'o, reproduzco estos dos períodos de aquella elocuentísima oración, que el público interrumpía con sus prolongados aplausos.

Refiriéndose a la obra nefasta de la monarquía restaurada, que culminó con la pérdida de las colonias, exclamaba Rodolfo con su emocionante acento de tribuno:

«Y a los trágicos resplandores de aquel incendio, que devoraba en un momento sus más caras ilusiones, la dorada leyenda de su gloria tradicional y de su poderío, el pueblo, como Adán después de su caída, reparó en su propia desnudez: conoció entonces, por primera vez, la pequeñez de sus recursos, su debilidad para defenderse, su pobreza, fruto de tantos años de despotismo, su ignorancia, su atraso: se comparó con los demás pueblos cultos, y, como Adán, tuvo vergüenza de sí mismo! ¡Bravo!

«En medio de aquel pueblo desolado y enloquecido, el monarca se vió también solo en las alturas de su trono. Todo cuanto en su reino representaba cultura, riqueza, trabajo, fuerza, no estaba con él sino contra él. A sus piés, buscando su apoyo, más bien que en actitud de prestárselo, estaban algunos hombres; pero esos hombres eran precisamente el objeto de las iras populares; eran los causantes del desastre y la ruina nacionales; eran, los unos, los políticos de 'a Res-

tauración, la oligarquía odiosa y odiada, seguida de sus legiones de aborrecidos caciques; los otros, los representantes de un pasado vergonzoso, de una tradición de tiranías y de sangre, se resumieron todos ellos en un sólo personaje siniestro: el fraile. (Grandes aplausos).»

#### EL ABOGADO Y EL PERIODISTA

Como orador forense, en materia criminalista, se destacó entre los mejores del foro canario. Muchos recordarán el informe con que hizo su debut como acusador privado en causa por homicidio, y que ocupó varias sesiones. La sala de la Audiencia era pequeña para contener la multitud que se apiñaba y estrujaba para oír aquella luminosa oración, en la que sostuvo con formidable dialéctica su doctrina, y que lo reveló como un concienzudo jurista. Guardo también este discurso de Rodolfo publicado en «El Independiente», periódico que dirigía don Juan Solórzano, números correspondientes al mes de abril de 1903.

Rodolfo no era periodista combativo y estridente como Cabrera Díaz o Rodríguez Figueroa, ni su pluma se ocupó nunca de la política de bajo vuelo. Escribía con facilidad, había substancia en su prosa, y era algo descuidado en el estilo. Pero su apatía característica le hacía enojosa la tarea del periodismo. Le abrumaba la obligación del artículo que había que hacer, y lo escribía a

última hora, muchas veces en la cama, cuando el chico de la imprenta iba por las cuartillas.

#### RASGOS DE SU CARÁCTER

Era Rodolfo de aspecto serio, grave; pocas veces se sonreía. Faltábale carácter y voluntad, y era de ánimo apocado y pusilánime. Pudo serlo todo, si a su inteligencia poderosa se hubiera unido un temperamento enérgico y activo. El partido republicano debió tener en él un jefe indiscutible, y la isla de Tenerife una representación digna y valiosa en el Parlamento. Pero ni siquiera fué concejal, porque era enemigo de toda exhibición, y odiaba la popularidad su naturaleza excéntrica y huraña.

Gustábale trasnochar. Después de sus lecturas nocturnas en el Casino, solía reunirse a cenar con sus íntimos. Entonces se iluminaba algo aquel semblante y sonreía y departía alegremente con todos y hacía derroche de su erudición maravillosa.

Era sobrio y de morigerados hábitos mundanos, y no disimulaba su repulsa por todo jolgorio que pusiera a prueba la austeridad de su carácter. Tenía un concepto particularísimo de la mujer en general, a quien negaba toda facultad intelectual que la capacitara para intervenir en política y en otros menesteres impropios de su sexo, considerando como fenómenos aquellos casos singulares en que se destacaba alguna con cuali-

dades sobresalientes en las manifestaciones de la inteligencia.

Por sostener este criterio tan suyo, se negó tenazmente a asistir en la Logía Añaza (donde a la sazón ocupaba el cargo de Orador) a un acto solemne en que había de tomar parte la eximia escritora y elocuente propagandista doña Belén Sárraga.

Era ingénuo, franco y noble bajo aquella apariencia concentrada y sombría, que le restaba el aura popular y reducía sus amigos a un limitado círculo, aunque se le admiraba por todos.

Murió, o por mejor decir, se dejó morir en la flor de la vida, casi sin enfermedad que hiciera temer el fatal momento, por aquel escepticismo que le hacía dudar de todo, llevándole a extremos inexplicables en una inteligencia como la suya.

#### LABOR DE PROPAGANDA

«El Ideal», con su actuación sensata y valiente, vigorizó al partido republicano haciéndole recobrar su preponderancia, un tanto quebrantada por pérdidas dolorosas entre sus más representativos y valiosos elementos.

El mitin del 3 de mayo en nuestro Teatro, de que ya he hablado, fué de gran significación y transcendencia, pues movilizó todo el republicanismo de Canarias levantando su espíritu; y cúpole a «El Ideal» la satisfacción de haber contribuido con su propaganda a éxito tan rotundo.

Poco más he de añadir a lo dicho por la extensión de este artículo, que me impide seguir ocupándome de la vida del periódico, que combatí a la monarquía sin temores y arremetió sañudamente contra el caciquismo, siendo la pesadilla de muchos políticos que medraban a su sombra.

#### UN INCIDENTE

Réstame traer a cuento la denuncia con que nos favoreció el señor Fiscal, de un artículo mío, cuyo título no recuerdo, pero del que no he olvidado el comienzo del párrafo denunciado, que decía:

«Porque mientras impere, para deshonra y desdicha de la patria, el odioso régimen que perdió nuestras colonias y abortó el infamante Tratado de Paris...»

Nuestro director, señor Cámara, quiso hacer-



Bernardo Chevilly

se solidario del tal articulejo, para evitarme un procesamiento enojoso por mi condición de empleado público; pero el partido se opuso por hallarse el señor Cámara desempeñando interinamente la Alcaldía. Pensóse entonces en que algún correligionario se declarase autor del escrito, a sabiendas de que había de ser sobreseido el procedimiento. Y no faltó quien espontáneamente asumiera tal responsabilidad; y justo es que yo consigne aquí el nombre de mi antiguo amigo Ricardo Pérez González que, sin tener que agradecer al partido republicano ni un acta de concejal, se prestó a ello gustoso; rasgo que siempre yo le recuerdo con enaltecimiento de su noble conducta.

Hago punto aquí á estos artículos, dejando para otra ocasión todo lo que me resta por decir de «El Ideal», que varió más tarde su estructura material y cambió de dirección y redactores, suspendiendo su publicación a los cuatro años de vida, sustituyéndole en 1905 el diario republicano «El Progreso», del que fui también uno de sus fundadores.



# Indice

	<u>PÁGINA</u>
A manera de prólogo . . . . .	5
Dos palabras. . . . .	9
La «Juventud Republicana» del año 1890 . . . . .	11
El «leonismo».—Una fusión extraña . . . . .	12
Figuras inolvidables . . . . .	13
«El Abejón» y «La Abeja». — Se rompe la fusión . . . . .	13
La «Juventud Republicana» . . . . .	15
Oratoria epidémica y actividad electoral . . . . .	16
Fervor patriótico . . . . .	17
Recuerdos y evocaciones . . . . .	19
El Viernes santo de 1893. . . . .	21
Antecedentes de la elección . . . . .	22
Hostilidad e incertidumbre. . . . .	23
Exaltación popular . . . . .	25
Recuerdos imborrables . . . . .	26
II . . . . .	29
La campaña periodística . . . . .	30
Grupos y patrullas . . . . .	31
Incidentes varios . . . . .	33
El catalán . . . . .	34

	<u>PÁGINA</u>
III . . . . .	37
Alarde de fuerzas. . . . .	38
Una sorpresa . . . . .	38
La tropa en acción . . . . .	40
Crece el tumulto . . . . .	42
Otra descarga . . . . .	42
Las famosas maletas. . . . .	43
A salvo . . . . .	44
Goicoviche . . . . .	45
Un comentario . . . . .	46
El periódico «El Pueblo». . . . .	49
Redactores y colaboradores . . . . .	51
Una excursión pintoresca . . . . .	52
Escena joco-seria . . . . .	54
María «La Manca» . . . . .	55
Segunda etapa. . . . .	57
El amor al terruño . . . . .	58
«La Palestra» . . . . .	59
La primera redacción . . . . .	60
Los colaborades . . . . .	61
José Vidal . . . . .	62
Figueroa . . . . .	63
Un banquete memorable . . . . .	64
Don Juan Acevedo . . . . .	65
Fin de «La Palestra». . . . .	65
El periódico «El Ideal» . . . . .	67
La labor del señor Cámara. . . . .	68
Rodolfo Cabrera . . . . .	70
Un discurso memorable. . . . .	71
El abogado y el periodista. . . . .	73
Rasgos de su caracter . . . . .	74
Labor de propaganda . . . . .	75
Un incidente . . . . .	76

ULPGC. Biblioteca Universitaria



\*864178\*

ECO 860-3 CHE rec

TRES PTAS.